

— Ambos son jóvenes, simpáticos, de excelente corazón — se dijo; — ambos son igualmente incapaces de rencores injustificados y de sentimientos mezquinos, la repulsión que se manifiestan no tiene razón de ser... ¿Por qué, pues, ese despego? ¡Ah! No es porque se desagradan, no es... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Apartad de mí tan amargo cáliz!

— Salvita querida — dijo al poco rato á su amiga, atrayéndola á sus brazos con ternura, — noto en tí un extraño retraimiento con Julio, cuya causa no comprendo. ¿Te es repulsivo?

— ¿Repulsivo? ¿Él? ¿Y has podido imaginar tal cosa?

Amelia se estremeció; pero continuó, al parecer impasible:

— ¿Te ha ofendido en algo?

— ¡Oh! No, no.

— ¿Acaso lo crees indigno de mí?

— ¿A Julio?.. ¿Qué te pasa hoy, mi pobre Amelia, que te ocurren tales despropósitos? Lo creo perfecto, intachable, digno del aprecio de todo el mundo, capaz, como ninguno, de hacer feliz á una mujer y de crearla un paraíso.

Esto fué dicho con tanto entusiasmo, que se tiñó el rostro de Amelia de mortal palidez, y cual si ésta reflejara en sentido inverso sobre Salvadora, subió á sus mejillas encendido rubor.

— Perdóname — dijo, — no sé cómo expresarme, ¡estoy tan impresionable, tan nerviosa!..

La presencia de Julio les impidió continuar.

Amelia dominó su emoción con un poderoso esfuerzo, y separándose de los brazos de su amiga, dijo sonriendo:

— Llegas con oportunidad; en este momento trabajaba en tu favor.

— ¿En mi favor?

— Sí, he notado vuestro mutuo retraimiento y suplicaba á Salva que te otorgara su afecto.

Miró á los dos jóvenes.

Julio volvió de pronto la cabeza, disimulando mal su turbación.

Salvadora bajó los ojos toda temblorosa.

Entonces los cogió á los dos de las manos y dijo aproximándolos uno á otro:

— Vamos, venid, daos las manos en señal de reconciliación. Alzad los ojos, que no estáis delante de un juez, y miraros como buenos amigos.

Hablando así, obligó á ambos á levantar la cabeza á la misma altura, y al encontrarse sus miradas, cruzó de una á otra pupila tal rayo de pasión, de viva ternura, que Amelia tuvo la buscada evidencia.

— ¡Se aman! — dijo para sí con profunda angustia.

Y en alta voz añadió, apartándose de los dos con forzada sonrisa:

— Basta de reconciliación.

Hallada, por su desgracia, la dolorosa certidumbre que perseguía, esperó la ocasión de sondear la herida para tomar su resolución.

IV

Al día siguiente volvía temprano de hacer algunas compras urgentes y quedó clavada al dintel de la puerta al oír la voz de Julio á una hora que no acostumbraba ir.

— ¿Qué es esto? — exclamó con angustia.

Y su primer impulso fué de entrar; pero al oír la voz de Salvadora se detuvo, exclamando:

— No, aunque esté mal hecho, escucharé; debo, quiero conocer toda la verdad.

Observó tras el pesado *portier*.

Salvadora hacía ademán de alejarse y Julio la detenía con expresión suplicante; ella se sentó.

— Salvadora — dijo Julio con profundo dolor, — ¡huía usted de mí!

— Sí, y hago mal en quedarme.

— Y sin embargo, yo no puedo creer que usted haya interpretado erróneamente mi desvío. Yo tenía la ilusión de que usted había leído en mis ojos lo que mis labios callaban.

— ¡Oh, no siga usted! ¡Silencio, por Dios! — exclamó Salvadora toda estremecida.

Pero roto el dique, ¿quién detiene el torrente?

Julio prosiguió con mayor vehemencia:

— Su turbación me prueba que no me he engañado. Usted sabe que la adoro con una pasión nacida sin el apoyo de la voluntad, crecida sin el calor de la espe-

ranza, eterna, aunque el deber nos separa; usted lo sabe, como yo sé que su corazón es mío.

— No lo diga usted, ni lo piense. Usted y yo somos incapaces de hacer traición á esa perfecta criatura que cifra en usted las esperanzas de toda su vida y en mí su completa confianza.

— Es verdad, somos incapaces de engañarla; pero no de sentir una pasión por la fatalidad encendida en nuestros corazones, á nuestro pesar devoradora. Y ya que esto es así y no puede dejar de ser, ¿por qué no aprovechar estos momentos para hablar por primera y última vez de nuestro amor?

— Ese amor sólo debe pertenecer á Amelia, como se lo ha jurado usted mil veces.

— Y no mentía. La quise desde la infancia; de tal manera llenaba su ternura mi corazón, que jamás me fijé en mujer alguna; pero llegué aquí, la vi á usted y no sé qué pasó por mí; procuré tratar á usted lo menos posible, y sin embargo, aquel naciente sentimiento fué tomando cuerpo y mostrándome palpable el error en que estaba: había confundido la ternura de hermano con el amor de amante que por primera vez conocía. Esta ha sido mi única falta.

— Pero Amelia no es responsable de ella y no debe pagar culpas que no tiene — dijo la generosa joven.

— Es cierto, y la quiero demasiado para hacerla víctima de mi error. Pero usted, ángel de bondad que acepta sonriendo el sacrificio, usted tampoco es culpable, y sin embargo...

— No hablemos de mí. Si su amor es cierto, no me niegue usted el único favor que voy á pedirle.

— ¡Diga usted! — repuso anhelante.

— ¿Jura usted otorgármelo?

— ¿Qué puedo yo negar á quien tanto amo?

— Quiero que, apenas verificado su enlace, parta usted con Amelia bajo cualquier pretexto. Es imposible que vivamos juntos. ¡Seríamos los tres muy desgraciados!

— ¡Dejar á usted! ¡No verla más! Me pide usted demasiado, Salvadora.

— Ha jurado usted complacerme, amigo mío.

— Está bien..., lo haré. Debo sacrificarlo todo á la tranquilidad de usted.

— Y ahora exijo otra cosa.

— ¡Aún más!

— Que demos fin á esta peligrosa entrevista. Ahoguemos el fuego antes que nos abraza.

— No será sin decirle...

— Ni una palabra más. Se lo suplico... por el santo deber que nos da fuerzas. Adiós, Julio, hágala usted tan feliz como merece.

— Salvadora mía, mi corazón será siempre tuyo — exclamó él con un grito del alma, al par que llenaba de besos la mano que la joven le tendió.

Mortal palidez cubrió el rostro de la hermosa niña, é incapaz de hablar, le indicó con la mirada que se alejara.

Julio la contempló un instante con pasión; luego

salió grave y sombrío, pasó rozando con Amelia, sin verla, y se lanzó como un loco en la escalera.

En la sala se oyó un desgarrador sollozo, y después... nada, el silencio del dolor.

V

Amelia quedó algunos instantes inmóvil, petrificada, incapaz de pensar ni de sentir.

Destruídas, como hoja barrida por el huracán, las ilusiones de toda su vida, parecía que tras ellas se había ido su último aliento vital.

Veía derrumbarse el edificio de su felicidad sin darse cuenta de cómo podía desaparecer en un instante lo que ella creía tan sólido.

El grito de la pasión herida fué el primero que acudió á sus apretados labios, y un rayo de furiosa cólera subió de su corazón á sus ojos.

Luego quiso sujetar al rebelde pensamiento, razonar: ¡inútil empeño! Su pobre cabeza no regía, su herido corazón manaba sangre.

Llevó las manos á ambos sitios con la angustia del que se ahoga, y cayó casi desvanecida sobre una silla.

Al presentarse á Salvadora, la violenta pasión de la mujer había cedido el puesto á los generosos impulsos del corazón, á los puros sentimientos de aquella alma elevada, y nada notaron en ella.

Por la noche, al retirarse las dos amigas á sus respectivas habitaciones, Amelia se despidió de Salvadora.

ra con las más apasionadas demostraciones de ternura y cariñosos extremos.

Luego se encerró en su cuarto; pero no fué para dormir. Sentada ante una mesa, con la cabeza caída sobre el pecho y agobiada por el dolor, murmuraba:

— Ellos no me engañan, son víctimas de la involuntaria pasión que ambos intentan ahogar. Los dos son tan nobles que se sacrifican por mí; yo no puedo aceptar tal sacrificio, yo que debo á ella más que la vida, que he compartido su hogar, y como hermana, las caricias de su padre. En su última hora le juré velar por ella y defenderla; la defenderé, sí, aun contra mí misma. ¡Vivir sin él! — exclamó de pronto con un grito del alma. — ¡Verle esposo de otra!.. ¡Oh, silencio, voz maldita de los celos que enciendes las malas pasiones! Esa otra es mi bienhechora y mi hermana. No más debilidad, indigna de mí. Debo vencer en este generoso pugilato, y venceré.

Tomó una pluma, y con la mirada brillante de febril resolución y el pulso trémulo, escribió una larga epístola que, terminada, leyó y rompió, diciendo:

— No, que el triste recuerdo de mi desdicha amargaría sus horas más felices. No quiero dejarles el deber de la gratitud. Haré la obra completa.

Y se puso á escribir otra carta que decía así:

«Julio, amigo mío: Te suplico me perdones por la inesperada revelación que vas á leer; la confío al papel porque no tengo valor para hacerla de palabra: ¡temo tus justos reproches!

»Sin darme cuenta de ello, te he engañado respecto á mis sentimientos, como yo misma me engañaba. El mucho cariño que siempre te he profesado ha sido causa de que trabucara afectos é impresiones, y al despertar del dulce sueño que nos ha mecido, veo que..., á pesar de tus excelentes cualidades, no puedes hacerme feliz. ¡Misterios del corazón, imposibles de explicar!

»En compensación te ruego que des tu mano á Salvadora; es un ángel que sabrá hacerte dichoso y á la que pronto amarás.

»Voy en busca de la felicidad, y con pesar me alejo sin veros; no me encuentro con fuerzas para despedirme de vosotros ni para responder á vuestras preguntas.

»Adiós, querido Julio; sea cual fuere tu juicio con respecto á mí, no me recrimines, que algún día te pasaría si llegaras á conocer toda la intensidad del fraternal cariño que te dedica — AMELIA.»

En seguida cogió otro papel y con nerviosa actividad siguió escribiendo:

«Salva querida: Mi corazón se parte al alejarme de esta casa hospitalaria sin estrecharte entre mis brazos, á ti, mi ángel protector; pero tú no me dejarías marchar y es preciso que parta. Mi unión con Julio nos haría á los dos desgraciados. Sólo tú puedes darle la dicha. Salvadora, accede á mi última súplica, sé su esposa.

»Por extraña que te parezca mi conducta, no dudes nunca del entrañable cariño ni de la eterna gratitud de tu hermana que te adora y te bendice, — AMELIA.»

Terminadas ambas cartas, faltaron las fuerzas á la

generosa joven, su ficticia energía desapareció, y apoyando la cabeza en las manos, pálida, abatida, dejó correr libremente el llanto que la ahogaba.

Por la mañana Amelia había desaparecido.

Julio fué llamado con urgencia y recibió de manos de la angustiada Salvadora la carta á él dirigida. Los dos se miraron tan asombrados como enternecidos.

— ¿Qué piensa usted, en fin? — exclamó Salvadora llorando.

— Pienso — repuso con voz trémula — que la pobre Amelia ó ha perdido el juicio... ó es una santa.

— Eso, Julio, eso; una santa. Creo que, lejos de acusarla..., deberíamos venerarla de rodillas.

VI

Después de un año de tan minuciosas como inútiles pesquisas para buscar á Amelia, la enamorada pareja se decidió á unirse para siempre con la conciencia tranquila por haber hecho cuanto el más exigente deber les ordenara.

En una capilla lateral de la iglesia de San Ildefonso tenía lugar, bien de mañana, la solemne ceremonia.

Julio y Salvadora se hallaban rodeados de numerosos amigos. Cuando todos estuvieron colocados y el comienzo de la ceremonia atrajo la general atención, una mujer, pálida como un espectro y arrastrándose con vacilante paso, penetró por la ancha verja de la ca-

pill, se deslizó con cautela hacia el interior y colocóse tras un confesonario fijando ansiosa la febril mirada en el altar, al par que procuraba ocultar el rostro.

¡Trabajo inútil! Nadie hubiera descubierto en aquel rostro demacrado, donde sólo se veían las huellas de una enfermedad mortal, los hermosos rasgos de la pobre Amelia.

— ¡Gracias, Dios mío, por haberme dejado vivir, hasta hoy! — murmuró casi sin articular las palabras.

— Los he vuelto á ver; mi sacrificio los hace felices; ya estoy satisfecha. ¡Ahora dadme, Señor, el reposo eterno!

Con la sonrisa del mártir en los labios y la mirada llena de ansiedad y de ternura, seguía todos los movimientos de los novios; luego los vió abrazar por parientes y amigos, bajar del altar é irse acercando hacia donde ella estaba medio oculta por el confesonario. La novia sonreía y lloraba al mismo tiempo.

Amelia oyó decir á Julio en el momento de pasar:

— No llores, Salvita, que las almas perfectas son siempre dichosas. Admiremos á Amelia, que está muy alta para ser compadecida.

Amelia elevó al cielo una mirada de inmensa gratitud al verse comprendida por los que tanto amaba. Cuando bajó los ojos, Julio y Salvadora se alejaban por la ancha nave seguidos de amigos y curiosos. Continuó mirándolos con la pupila dilatada por el afán de verles y empañada por las lágrimas de aquella muda y suprema despedida, hasta que desaparecieron; entonces sus trémulos labios pronunciaron una ar-

diente oración pidiendo al cielo larga vida de felicidades para aquellos dos seres.

Tras un instante de aterradora inmovilidad, miró á su alrededor, y al verse sola, corrió como una insensata al altar, se arrodilló en el sitio que *ellos* ocuparon, é inclinándose sobre el almohadón en que Julio había clavado sus rodillas, lo cubrió de besos y de lágrimas.

Apoderóse en seguida de la banda blanca que les había servido de *yugo* en la ceremonia, la besó con febril arrebató y se la colocó sobre los hombros con la sonrisa del ángel que hace su postrer atavío.

Aquella última emoción fué la gota que hace rebotar el vaso. Su enfermo corazón se rompió como la máquina ya gastada estalla si la lanzan á todo vapor.

Amelia exhaló de pronto un ahogado grito de dolor, llevó ambas manos al corazón, y como herida por un rayo, cayó muerta sobre el propio sitio en que se había consumado su sacrificio, envuelta en el blanco paño que á los novios abría las puertas de la dicha y á ella servía de sudario al cruzar las de la eternidad.



... á la orilla del río que mis pies humedecía había una pareja encantadora

RETROCEDER A TIEMPO

EPISODIO DE LA VIDA REAL

Yo tengo un amigo, cara lectora. Bien comprendo que esto nada te interesa; pero si has de leer la pequeña historia que contarte quiero, es menester que lo sepas. Excelente esposo de una simpática y encantadora joven, padre tierno de un pequeño ángel, es el tipo más acabado de la formalidad y la rectitud. Con su intachable conducta y severos principios se atrae